las cortesanas, por las esclavas, por las reinas y hasta por las diosas, protegieron la emancipacion de la mujer, elevándola para que pueda ejercer sobre el corazon del hombre ese poder mágico, que establece la dulce reciprocidad de bondad y de respeto, única fuente de la ventura que se goza en la vida doméstica.

Sin embargo de esta doctrina civilizadora, sin embargo de estos deseos por destruir la esclavitud, ni la Iglesia ni sus ministros podian romper de un golpe las cadenas, y decir á los esclavos: sois libres, porque esto hubiera sido un error imperdonable: hasta la misma filosofia de nuestro siglo, hasta los mayores entusiastas por la libertad, hasta los amigos mas decididos de las reformas y del progreso de las ideas, conocen adónde conducen esos súbitos trastornos, esas mudanzas repentinas, esos trámites violentos, y en nuestros mismos tiempos tenemos pruebas bien tristes de ellos. La doctrina que propaga el clero atiende al bien general; hace reformas, pero se opone á las revoluciones; quiere el triunfo de las ideas, pero en los límites de la sana razon, por eso las enfrena; las dirige al bien, pero las coarta, para que la virtud no degenere en vicio y la libertad en licencia; derrama en los esclavos una semilla que, desarrollándose poco á poco, producirá con el tiempo lo que jamas hubieran conseguido las teorías de los sabios antiguos, y haciendo la revolucion

en el alma sin sangre ni violencias, lleva la humanidad á su regeneracion social.

Desde entonces, desde esta época feliz la mision del sacerdote es auxiliar al mundo en su progreso civilizador: la mision de los hombres es adelantar y luchar; el viejo y nuevo mundo están en pugna, y si no falla la palabra de Dios, como no puede fallar, se desarrollará y realizará de dia en dia la ley del amor, de la equidad y de la justicia promulgada por el clero, que sabe que en ella consiste la perfeccion del órden moral, y de este modo será infalible el progreso, porque habrá venido á ser una necesidad de la humanidad. Llegando á enlazarse las ciencias humanas á la sublime unidad de lo verdadero, que es el principio del cristianismo, no las repudia, sino que las trasforma, y las asegura un triunfo completo sobre la tiranía del vicio y del error, que es la peor de todas. La doctrina de Jesucristo enseña el modo de oponerse á la corrupcion universal; en medio de la duda el Evangelio sugiere la resolucion mas honesta y generosa, y así no hay delito que no pueda cometerse desviándose de sus máximas. Esta doctrina verdadera, predicada por el clero, levanta la humanidad de la postracion en que la habia sumido el gentilismo, y el sacerdote, amigo natural del desgraciado y del pobre, levanta siempre su voz para defenderle, para consolarle, para romper los grillos que le aprisionan, para confun-

dir al señor que le humilla, que le veja, que le maltrata.

Ese clero que tan enemigo quieren hacer de la humanidad, fué y es su mejor, su único protector; ese clero que tan sanguinario se quiere suponer, es y fué el predicador de la paz; ese Evangelio, áncora de la tiranía, segun los apóstoles del siglo los que quieren impugnarle, es el que se opuso á los tiranos, el que los exhortó á mirar como hermanos á todos los hombres; y esos sacerdotes que quieren esponer al desprecio hoy, son y fueron los que diariamente ruegan al Señor por la paz y union de todos los hombres, son los que piden hasta por sus enemigos, son los que llevan el consuelo al pobre y al oprimido, los que predicaron ante los tiranos la igualdad, los que reprendieron los escesos del poder, los que sufrieron persecuciones por amenazar á los poderosos con los castigos eternos si no dejaban de oprimir á sus hermanos; y en una palabra, los que fueron arrojados á las llamas, á los leones, y espiraron entre los mayores tormentos por confesar y publicar la doctrina que habia de quebrantar las cadenas de la esclavitud y echar los cimientos á la verdadera libertad, llamando al esclavo con su dueño ante el Dios de todos para sentarse á una misma mesa, restituyendo así al oprimido su personalidad y su conciencia, y haciéndole responsable de sus obras y pensamientos: ellos, en fin, son los que no han

olvidado aquello de S. Pablo, cuando devolviendo bautizado á Philemon un esclavo que se habia fugado de su casa, le dice: "No le recibas como esclavo, sino como á hermano muy querido. Si me consideras como compañero, acógele como me acogerias á mí mismo." (Epístola ad Philemonem).

Tan hermosa doctrina se propagó cual chispa eléctrica por el mundo, y la voz de los apóstoles se oyó hasta en los confines de la tierra, y bien pronto recibieron el Evangelio Judea, Italia, Grecia, Egipto, las provincias que baña el Eufrates, y que circunda el mar Egeo; edificáronse iglesias en Efeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardes, Laodicea y Filadelfia. Damasco, Alepo y Antioquía, eran ilustres en Siria, Chipre, Creta: la Tracia y la Macedonia acogieron á los apóstoles que llevaron el Evangelio á las antiguas repúblicas de Corinto, Esparta y Atenas. La gerarquía vigorosa de los magos persas cedió tambien ante los discípulos de Jesus; la Siria y la grande Armenia abrazaron su fe, Santiago la propagó por España, y á las tribus errantes del Cáucaso la llevó una cautiva cristiana. A despecho de los huracanes la nave de S. Pedro bogaba victoriosa el mar proceloso del mundo, sujetando á su poder sus encrespadas olas, y la luz del Evangelio alumbraba las tinieblas del imperio, y caminaba á destruir del todo las tinieblas del gentilismo: en el siglo II,

Frumencio convirtió la Etiopía, donde halló ya traducidos los libros santos, y fundó el obispado de Axo.

En una palabra, el nombre de Jesus y su admirable doctrina volaban por todas partes, absorbian todas las atenciones y dominaban las almas que el vicio no habia aún pervertido, y por eso su progreso fué mayor y mas rápido, pudiendo muy bien darse crédito por mas que se oponga la crítica á estas palabras de S. Justino mártir: "No existe pueblo griego ni bárbaro, no hay nacion, cualquiera que sea su nombre y sus costumbres, por ignorante que aparezca en agricultura y artes, ya more bajo tiendas, ya ande errante sobre carros cubiertos, donde no se celebre en nombre de Cristo crucificado al Criador de todas las cosas." Tertuliano afirma: "Que los cymbrios y caledonios invencibles hasta entonces contra los ejércitos romanos, fueron avasallados por Cristo." Y al procónsul de Cartago, que hacia la guerra á los cristianos, afirma que si persiste en ello tendrá que diezmar la ciudad, asegurando que los hallaria de su misma clase, "senadores, matronas y amigos," con lo que se prueba que, no solo entre el pueblo, sino entre la gente principal, hallaba eco el Evangelio.

Tan admirable propagacion fué favorecida en parte por circunstancias humanas. Al principio los cristianos fueron reputados como una secta judaica: el mundo civilizado obedecia un solo Señor, y por consiguiente, los apóstoles no tuvieron que luchar con las rivalidades ni los odios de nacion á nacion, de pueblo á pueblo, de familia á familia. La parte culta del imperio usaba el idioma griego que los apóstoles adoptaron para su predicacion; así se atrajeron hombres ilustrados, que bien pronto espusieron la doctrina de los pescadores galileos en el idioma de Aristóteles y Platon, y formaron un sistema que presentaba en toda su desnudez la pobreza de las demas filosofías, lo raquítico y mezquino de sus preceptos, y su ineficacia para hacer felices los mortales.

Entre el ruido de los festines y la crápula de las orgías no podian los hombres sofocar aquella voz, aquel grito estimulante de la conciencia que induce á buscar lo que es Dios y lo que es el hombre, qué relaciones existen entre el uno y el otro, cómo el pecador puede ser redimido y qué será despues de su muerte. Doctrinas admirables, cuya solucion no podian dar las religiones paganas, por mas que se multiplicasen las divinidades, por mas que se consultasen los oráculos, se repitiesen los sacrificios y se esportasen como un artículo de comercio, ya la Isis egipciaca, ya el Hércules líbico, ya el Mytrás persa; los oráculos habian perdido su voz, los agüeros su prestigio, los sacerdotes su poder, y para elevar la religion tuvo que suplir la política á las creencias. Augusto, encum-

brado al imperio, reune á la corona y el cetro del soberano, la toga pretesta y el Titulus del Pontífice, erige altar en el mismo senado á la victoria; y la mano que maneja la espada en los campos de batalla, sacrifica las víctimas expiatorias en las aras de sus dioses.

No era ya la religion la que imperaba en las almas y dominaba en las ideas, sino que era considerada como una razon de Estado; habian perdido su voz los oráculos, los misterios se habian hecho públicos, y cansados los hombres de ver á sus dioses eternamente materiales, hallaban en sus almas un vacío que no podian llenar las religiones gentílicas. En medio de este ateismo, se levanta la religion de Jesucristo con su doctrina sencilla, clara y humanitaria, que espone lo que es y lo que debia ser, la miseria y la concupiscencia, la idea de la perfeccion y el órden, el bien y el mal, las palabras de la sabiduría infinita y los vanos discursos de los hombres, la vigilante alegría del justo, los dolores y los consuelos del arrepentimiento, el espanto ó la imperturbabilidad del malo, y los triunfos de la equidad y de la justicia. El prosélito no era conducido por la iniciacion, sino que al momento se le esponian las sublimes verdades de la Encarnacion, de la Redencion y de la Eucaristía, y esta enseñanza estaba conforme con lo que se predicaba; el misterio con la doctrina esterior, y las ceremonias del culto con

la consumacion del sacrificio; á la opinion, á la duda y al miedo sustituian los cristianos la fé, la esperanza y la caridad. La idolatría que era alusiones, accidentes naturales ó á lo sumo conmemoraciones patrióticas mezcladas con desórdenes é impurezas, en los cristianos era sustituida con un signo de renacimiento espiritual, principio de su gozo y alegría; allí no conocian la Providencia y consultaban el porvenir; aquí se confiaba en la omniciencia divina, y exento el espíritu de temor, hallaba el cristiano la esplicacion de la vida en lo que debia acontecer despues de la muerte, y sufria con resignacion y paciencia los trabajos del mundo alentado y esperanzado con el premio venidero.

El pueblo, pues, halló en estas doctrinas el término de su ansiedad, de sus dudas, de sus deseos, y de todas partes vino á engrosar las filas del cristianismo, convirtiéndose cada nuevo adepto en un predicador ardiente y fervoroso del Crucificado. El centurion predicaba á su cohorte, el artesano á los de su oficio, el padre á su familia, el esclavo á sus compañeros y hasta á sus señores, y el nombre de Jesucristo sonaba en las cuevas, en los palacios, en los pórticos, en los circos, en los gimnasios, en el senado y hasta en los burdeles, y siempre con provecho y edificacion, siempre en beneficio del hombre y de la sociedad. En vano al ver el incremento de la nueva religion quisie-

ron los gentiles vestir su culto con los dogmas católicos; la verdad y la mentira nunca pueden hermanarse, y así solo servia la amalgama para poner mas de manifiesto el error y la impostura, y en ellos siempre debia reinar el espíritu hostil que dominaba entre las divinidades que adoraban; y el espíritu de despotismo de la raza conquistadora sobre los vencidos, debia siempre mantener la tiranía: despotismo y tiranía que formaban un asombroso contraste con aquella comunicacion íntima, con aquella union admirable, consolidada entre los cristianos por la unidad de creencias y de esperanza, y tanto admiraba á los gentiles este afecto, esta concordia, esta paz, que al verlos esclamaban entusiasmados: "Miradlos cómo se aman." Espresiones que hacian repetir á Tertuliano: "Están poseidos de asombro los que no saben mas que aborrecerse."

Recuerdan Grecia y Roma sus Leonidas, sus Arístides, sus Brutos y sus Escévolas, pródigos de su sangre por la libertad, y los hijos de aquellos admiran á los cristianos que aman una libertad que no escluye el órden ni se adquiere con la rebeldía, sino aquella libertad que resiste todo atentado contra la independencia del espíritu y de la conciencia, y por lo que sabian no darse, sino esperar con intrepidez la muerte. Cuando en todas partes se compite sobre quién se envilecerá mas á las plantas de señores envilecidos, enseñan los

cristianos que de solo Dios depende el hombre, y primero perecen en los tormentos mas crueles que faltar á su religion en lo mas mínimo, y prefieren la muerte á quemar incienso al dios del capitolio ó á la impúdica hija de Citeres. Son sus medios de accion la sinceridad y la paciencia, no la fuerza ó la astucia, no la habilidad que transije ó guarda el momento favorable. ¿Pretenden oprimirlos y obligarlos por la fuerza? si son débiles apelan á la fuga, en otro caso padecen, y en padecer encuentran su felicidad: la crueldad duplica la constancia, de manera que escitando el celo de todos, la sangre de los mártires es la semilla de los cristianos; y aunque sus milagros se atribuyen á magia como quieren los historiadores gentiles, antes de convenir en esta idea se admira el mayor, el de haber convertido el mundo á pesar de los infinitos obstáculos que tuvieron que superar, sin mas armas que su constancia, su paciencia y su resignacion.

Sin embargo, tenian que vencer muchas dificultades, tenian que luchar con la costumbre de toda la vida, con las pasiones á que tanto favorecia la religion gentílica, con el prestigio de los sacerdotes, con el poder de los emperadores á quienes no podian adular, con la vanidad, pues mientras la idolatría presentaba sus dioses como héroes, como conquistadores, temidos y victoriosos, los cristianos adoraban un hombre proscrito, pobre,

que habia muerto en un patíbulo, lo que les esponia mas al ludibrio que al respeto, repugnando al orgullo tener nada de comun con una raza abyecta, con una raza de esclavos y artesanos: de aquí las burlas respecto á sus misterios, pretendiendo unos que adoraban al sol, otros una cruz, otros un cordero; quién afirmaba que una cabeza de burro, quién que las partes vergonzosas de sus obispos.... En Cartago se puso de manifiesto un crucifijo con unas orejas muy largas, escitando así la risa del vulgo que tenia por mas estúpidos que perversos á los cristianos.

Sus juntas se acriminaron, y sus ritos se interpretaron en el sentido mas siniestro: á las agapas se las calificó de festines lúbricos, donde reinaba el desórden y la intemperancia; sus reuniones se creyeron presididas por la deshonestidad, y en el silencio de las catacumbas se afirmó que se ultrajaban el pudor y la naturaleza; se dijo que se presentaba al neófito un niño cubierto con harina para que lo asesinase; y que recogian su sangre en un cáliz que pasaban de mano en mano mientras se comian su carne; se motejó de indolentes á los que abandonaban los cargos públicos por seguir la nueva religion; llamáronse los milagros sortilegios, su constancia el resultado de los maleficios, y los cristianos que no tenian templos ni sacrificios eran llamados ateos, y hasta se les acusó de enemigos del género humano, que entre los

romanos equivalia á enemigos del imperio, á enemigos del César.

Tambien les opusieron un fuerte obstáculo los judíos, pues no podian sufrir en paciencia verse defraudados de sus esperanzas en un Mesías; y si al principio el cristianismo vivió á su sombra, bien pronto, rebelados contra el imperio, aunque los hijos de Jesus no tuvieron parte en la rebelion, fueron envueltos en el odio y en la proscripcion por haberlos juzgado como una familia, como una secta. A esto deben agregarse las herejías. El samaritano Simon creyó los milagros efecto de la magia, y queriendo penetrar el secreto, se fingió convertido y procuró tentar á S. Pedro, ofreciéndole dinero si le daba la facultad de conferir el Espíritu Santo por la imposicion de las manos: rechazado severamente por el apóstol, formó una religion, mezcla de ideas platónicas, evangélicas y cabalísticas, y se aplicó á apartar las almas de Cristo, recorriendo las provincias, oponiendo prestigios á los milagros, y vanagloriándose de volar por los aires, hacerse invisible, convertir las piedras en pan y traspasar las montañas, y á tanto llegó su presuncion, que, queriendo en Roma volar por los aires en presencia del emperader Claudio, cayó y se reventó en la caida.

Por diferente camino Apolonio de Tiana quiso hacer resucitar el paganismo, fundando su doctrina en la antigua tradicion itálica, recorrió diver-

sos puntos del imperio, y consiguió por medio de respuestas sibilinas el nombre de profeta entre los paganos: acusado ante Domiciano, se le mandó comparecer; estuvo, segun él, en Roma, Pouzolas y Efeso en un mismo dia, sus discípulos lo afirmaban y así adquiria crédito y hacia algunos, aunque pocos, prosélitos, pero que manifiestan y dejan muy bien conocer que semejantes impostores dañarian mucho al cristianismo, pues los que creian se apartaban del conocimiento del verdadero Dios, y los que no creian los consideraban como las verdades del Evangelio y como los milagros de los santos, á quienes trataban de mágicos, impostores y charlatanes como á los verdaderos impostores, confundiendo así la verdad con la impostura. Se multiplicaron los novadores enseñando una gradacion de genios entre Dios y el hombre, con quienes se podia comunicar por medio de ayunos y otras mortificaciones, especulando así con las creencias y con los temores, no solo del pueblo, sino de los magnates, y hasta de los emperadores Caracalla y Marco Aurelio, y la malignidad los confundia con los cristianos.

Mas sin embargo de haber vomitado el infierno todas sus furias contra los cristianos, sin embargo del empeño de los poderosos del mundo por destruirlos, Jesucristo habia dicho que su Iglesia duraria hasta la consumacion de los siglos, y así entre las contradicciones se levantaba hermosa, lle-

na de lozanía y vigor, como resucita el Fénix de sus propias cenizas, para llenar con su acento bienhechor el mundo, para levantar la humanidad, y llevar en alas de la caridad la civilizacion á los últimos confines de la tierra; pero esta hermosa obra destruia los planes orgullosos de los magnates que solo sabian oprimir, y el infierno aprovechó sus feroces instintos, animó y exaltó sus pasiones contra los hijos de la cruz, y al fin se decretó su esterminio; pero nada puede el demonio contra Dios, y ya tendremos lugar de admirar el heroismo de los hijos de Jesucristo, de los sacerdotes del Señor entre los tormentos, y el dia de la persecucion de los poderes de la tierra contra los cristianos, de la fuerza bruta contra el poder espiritual, es el dia de la prueba, la mas bella página del cristianismo. Preparémonos á ver correr á torrentes la sangre de los hijos del Señor y en particular de los sacerdotes, por civilizar el mundo. Tal será la materia del capítulo siguiente.